



www.loqueleo.es

© Del texto: 2025, Carlo Frabetti

Autor representado por Beatriz Coll

© De las ilustraciones: 2025, Nuria Díaz

© De esta edición:

2025, Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana Educación Global, S. L. U., licenciada a Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Ronda de Europa, 5. 28760 Tres Cantos, Madrid

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-592-8

Depósito legal: M-4013-2025

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: septiembre de 2025



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Queda prohibida la utilización de los contenidos de esta obra, de cualquier forma, o por cualquier proceso, con fines de minería de texto y datos, aprendizaje automático, desarrollo y/o entrenamiento y/o enriquecimiento de inteligencias artificiales de cualquier clase.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

La casa lista

Carlo Frabetti

Ilustraciones de Nuria Díaz

loquelego

El gato grande

Los domingos por la mañana, Alicia solía levantarse muy temprano. Decía que no ver amanecer era como entrar en el cine con la película empezada. Le gustaba salir a pasear sin rumbo fijo por las calles desiertas e imaginar que ella era la única persona que quedaba en el mundo. Aunque enseguida se aburría de estar tan sola y fantaseaba sobre todo tipo de personajes misteriosos que aparecían de repente al doblar una esquina.

También le gustaba quitarles las paredes a los edificios, como decía ella: se imaginaba que los muros se volvían transparentes y podía ver el interior de las habitaciones, como en una gigantesca casa de muñecas, y que eso le

permitía evitar algún horrendo crimen, como el de un malvado padrastro a punto de asfixiar con una almohada a una niña dormida...

8 Vagando por el barrio viejo, Alicia llegó a una estrecha calle empedrada, que tenía en una esquina una fuente de hierro en la que solía pararse a beber, y pasó ante un edificio que siempre le había llamado la atención. Parecía un convento o un hospital antiguo, con todas sus ventanas iguales, sin cortinas ni adornos de ningún tipo, y todas cerradas. En realidad, no tenía nada de llamativo, sino todo lo contrario: era un edificio de lo más monótono; pero, por algún motivo, a Alicia le parecía especial.

«A lo mejor lo especial es que no tiene nada de especial», pensó la niña mientras miraba la gran puerta de madera oscura que, al parecer, era el único acceso al edificio. Y al observarla con atención se dio cuenta de que no estaba cerrada del todo. Se acercó a la puerta, la empujó suavemente con la mano y...

Como si hubiera estado al acecho esperando la oportunidad de huir, un enorme gato gris de abundante pelaje atigrado salió corriendo por la puerta entornada y se quedó mirando fijamente a Alicia con sus grandes ojos amarillos.

—Eres un gato siberiano, ¿verdad? —dijo la niña, que sabía mucho de sus animales favoritos—. No te escapes, ¿eh?, que me la puedo cargar por haberte dejado salir.

9

Pero el gato no parecía tener la menor intención de escaparse. De hecho, volvió a entrar en el edificio, no sin antes lanzarle a Alicia una mirada acompañada de un breve maullido, como invitándola a seguirlo.

No podía rechazar la invitación de un gato tan amable, de modo que la niña lo siguió al interior de un oscuro zaguán en el que había tres puertas, además de la que daba a la calle: dos de madera, una roja en la pared de la derecha y otra azul en la de la izquierda, cuyos vivos colores contrastaban con el gris ceniciento de



los muros, y una pequeña puerta acristalada en la pared de enfrente, que daba a un luminoso patio interior.

El gato corrió hasta la puerta acristalada y la tocó con una pata mientras giraba la cabeza para mirar a Alicia.

—¿Quieres salir al patio? Ahora mismo te abro —dijo la niña.

11

Pero no fue necesario que lo hiciera, pues al acercarse a ella la puerta se abrió sola con un suave zumbido.

Era un amplio patio ajardinado, cubierto casi por completo por una pérgola en la que las glicinias tejían una cubierta vegetal que tamizaba la luz e impedía ver el cielo. Y en el centro del patio había un pequeño pozo de mármol rosa.

Al acercarse, Alicia observó que la cuerda del cubo, aovillada en el suelo, era extraordinariamente larga, por lo que dedujo que el pozo debía de ser muy profundo; pero al asomarse a él vio rielar el agua a pocos metros de profundidad.

—¡Qué desperdicio de cuerda! —exclamó—. Habría bastado con cinco o seis metros, y aquí hay por lo menos veinte... Supongo que no entiendes nada de lo que digo —añadió mirando al gato—; pero si tuviera que callarme cada vez que alguien no me entiende, hablaría muy poco, y me encanta hablar.

12

Tras dar un paseo por el patio y olisquear algunas macetas, el gato volvió a entrar en el zaguán y se dirigió resueltamente hacia la puerta azul. Alicia fue tras él y dijo, al ver que el felino tocaba la puerta con la pata a la vez que lanzaba un breve maullido:

—¿Ahora quieres entrar ahí, es esa tu casa? Parece que la puerta está cerrada. Llamaré al timbre.

Pero al pulsar el botón no sonó ningún timbre, sino que se abrió la puerta con un chasquido metálico.

—¡Hola! ¿Hay alguien? —preguntó Alicia en voz alta; pero no obtuvo respuesta alguna.

La puerta azul se abría a un largo pasillo. Muy largo.

—¡Da vértigo! —exclamó la niña—. Aunque «vértigo» viene de vertical, y el pasillo es horizontal, así que lo que da es horizóntigo, supongo.

El pasillo estaba mal iluminado, casi en penumbra, y era bajo y angosto, lo cual hacía que pareciera aún más largo. Excesivamente largo.

13

—No puede ser —dijo Alicia perpleja—. La fachada de este edificio mide unos cuarenta metros de esquina a esquina, y esta puerta está hacia la mitad, por lo que este pasillo no puede medir más de veinte metros, ¡y parece, al menos, el doble!

Alicia tenía muy buen ojo para las medidas y se fijaba mucho en las casas, pues de mayor quería ser arquitecta (además de astronauta, arqueóloga, actriz y escritora). No podía haberse equivocado tanto al estimar el tamaño de aquel edificio, y sin embargo...

El gato echó a andar lentamente por el pasillo y Alicia fue tras él. Había llamado al tim-

bre y preguntado si había alguien, por lo que no podía considerársela una intrusa; y, como de costumbre, su curiosidad era más fuerte que su prudencia.

Había puertas en ambas paredes del pasillo, todas cerradas y ligeramente irregulares.

14 —No son rectángulos perfectos —le dijo Alicia al gato, como si él pudiera entenderla y le interesara la geometría—. Son ligeramente trapezoidales. ¿O son trapeciales? No estoy segura, con tan poca luz. Necesitaría un transportador de ángulos para comprobarlo, pero nadie sale de paseo con un transportador de ángulos, ¿verdad?, y menos en domingo.

Solo había avanzado unos metros cuando le pareció ver una silueta humana en la otra punta del pasillo. Alzó el brazo derecho a modo de saludo, y a la vez la silueta alzó el brazo izquierdo.

—¡Un espejo! —exclamó Alicia—. ¡Por eso parece tan largo el pasillo!

Efectivamente, cuando llegó al final de aquel tramo comprobó que, pegado a la pared, había un gran espejo de más de un metro de ancho que iba desde el techo hasta el suelo.

A la derecha, en ángulo recto, había otro larguísimo tramo de pasillo, este sí, de unos cuarenta metros reales (y ochenta aparentes, pues al fondo había otro espejo). Y a continuación un tercer y último tramo de veinte metros con otro espejo al fondo.

15

—Este pasillo recorre media planta del edificio, que corresponde a la casa de la puerta azul —le dijo Alicia al gato—, y al otro lado del espejo está la casa de la puerta roja.

El gato la miró fijamente, como si prestara atención a lo que decía, y luego apoyó la pata en la superficie del espejo.

—Lo siento, esta vez no puedo ayudarte. Yo no soy la Alicia que puede pasar a través del espejo —bromeó la niña—. Ya me gustaría... —añadió tocando la bruñida superficie con la punta de los dedos.